

Mercedes

Mercedes iba todos los días a casa de mis padres a darles las buenas noches antes de acostarse. Si yo estaba allí, me daba un beso y me preguntaba por mi mujer y por mis hijos y, sin dejar de sonreír, me decía algo amable de mí o de ellos, algo que se veía sentido de verdad y que me reconfortaba, porque yo sabía que Mercedes me quería desde siempre y que siempre me querría.

En la vecindad todos sabíamos que Mercedes nos quería, y, aún más, que Mercedes nos quería como éramos. Mercedes tenía la virtud de darle a cada uno el amor que necesitaba, de manera que nadie comprendía mejor a los jóvenes que ella, ni nadie entendía mejor a los enfermos, ni nadie podía apoyar más ante una adversidad que ella. Mercedes era una de esas personas que, a pesar de que han sufrido mucho en la vida, aman a la vida y saben contagiar su optimismo a los demás comprendiéndolos y amándolos, como si supiera lo que estaban sintiendo y lo sintiera con ellos. Por eso, donde ella estuviera, había optimismo, y tolerancia, y comprensión.

Mercedes se ha muerto a la edad de 92 años, de pronto, sin avisar a la vecindad, cuando más admirados nos tenía de su fortaleza física y de su lucidez. Se ha ido sin estar enferma y sin dar un ruido, como haciéndonos un último favor. Los vecinos de la calle Demetrio Bautista la echaremos de menos, pero no estamos tristes ni de luto: ella no lo querría así, porque la vida sigue y hay que mirar adelante con alegría. Y además nos queda su recuerdo y su ejemplo. De hecho, cuando mi mujer y yo nos hemos ido de la casa de mis padres después de haberle dado las buenas noches a Mercedes, siempre hemos comentado lo mismo, que cuando seamos mayores seremos como ella.

Juan Bosco Castilla